Año I. 2.ª ép. N.º 3

Revista de Occidente

Fundada por
José Ortega y Gasset

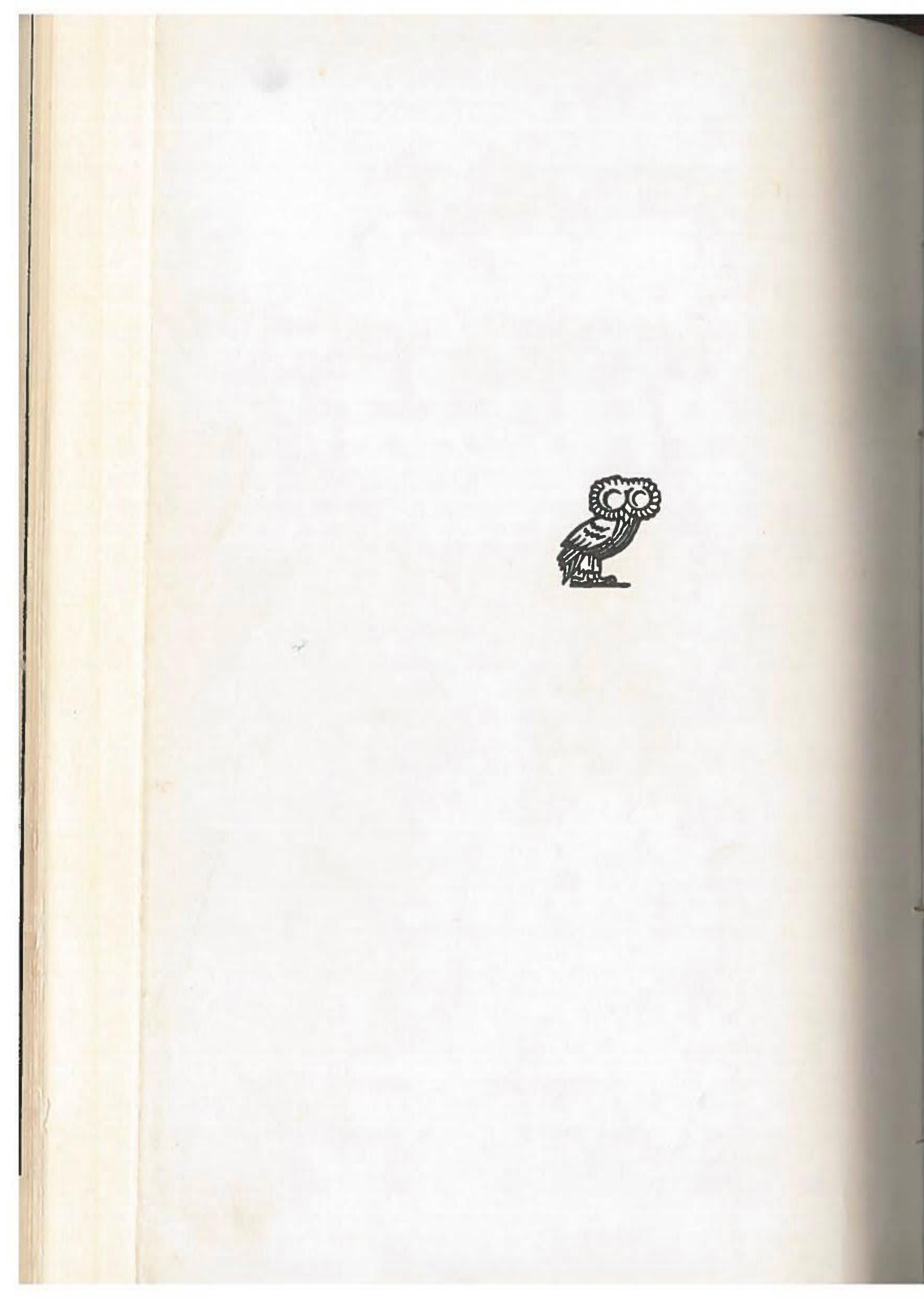




Sumario

Viñeta de ANTONIO SAURA

50 ptas. Madrid Junio 1963





Sobre el mito de los caracteres nacionales

SI se ha podido decir que las naciones son «comunidades de carácter que se han formado de comunidades de destino» (O. Bauer), ello constituye una corroboración del papel decisivo que a la idea de «carácter nacional» le ha tocado desenvolver en la concepción de las modernas formas de comunidad política a las que llamamos naciones.

Claro que en esa relación, tan habitualmente postulada, entre nación y carácter de la misma, hay que ver una ampliación y sistematización de una tendencia que viene de muy atrás, de mucho antes de que pudieran ser consideradas como naciones las comunidades humanas existentes en Europa. Desde muy temprana fecha, a todo grupo político de cuya existencia como tal se ha tenido conciencia, se le ha considerado como sujeto de atribución de un carácter propio. En los escritores griegos y latinos, de Herodoto y Aristóteles a Cicerón y Tácito, entre muchos más, los nombres de los antiguos pueblos por ellos conocidos van acompañados con frecuencia de ciertos adjetivos que les reconocen una peculiar condición. El antropomorfismo, que ha pesado como un lastre sobre el pensamiento social durante siglos, llevó a atribuir a los grupos lo que se

predicaba de los individuos, y entre otras cosas, un modo de ser propio que definiría a cada uno de ellos.

Sorprende al historiador encontrarse, en el momento en que están cuajando los pueblos que en Europa van a llegar hasta los tiempos modernos, y coetáneamente con las primeras manifestaciones de su presencia histórica, algunos documentos en los que se intenta ya —nos referimos a los siglos de la alta Edad Media— una caracterización de pueblos que a veces llevan ya los mismos nombres con que hoy los conocemos. Y lo curioso es que en tanto que historiador —y no lo resultaría menos en tanto que político o que simple hombre de nuestros días— se ha de reconocer sorprendido al descubrir verdaderos atisbos de caracterizaciones que han perdurado largo tiempo y que en algunos casos, según el testimonio de las opiniones corrientes, habría que estimar como plenamente válidas aún. En la primera crónica de nuestra historiografía altomedieval en tierra de cristianos, en la llamada Crónica Albeldense, se contiene en una primera parte (tal como figura en el tardío códice de San Millán, segunda mitad del siglo x), una miscelánea de noticias histórico-geográficas y entre ellas un capítulo *de proprietatibus gentium* en el que se inserta una relación de pueblos definidos por su condición peculiar, por su más característica «propiedad». Allí se habla de *ferocitas franchorum*, de *ira britanorum*, de *comercia gallorum*, allí se señala también la *fortia gothorum* —y es conocido el tópico goticista a que la Albeldense responde, en su presentación de la historia española.

Esta manera de ver a los pueblos europeos se continúa, como si respondiera a una viva realidad patente a cualquiera que la contemple. Mommsen, al editar, con algunas otras, nuestra venerable Crónica Albeldense, reprodujo ciertos textos similares al capítulo que

hemos mencionado, en alguno de los cuales el contenido de atribuciones se complica y da lugar a una doble relación: *de vitiis et virtutibus gentium.* En uno de ellos, de los hispanos se menciona su *violentia,* que en esa ocasión se acompaña de una imputación de *argutia.*

En la Toledo hispano-musulmana del siglo XI, un incipiente historiador de la cultura, Ibn Said, escribió un interesantísimo «Libro de las Categorías de las Naciones». Y en sus páginas, con motivo de narrar lo que cada uno de los pueblos ha hecho por las ciencias, da una caracterización de los mismos (persas, caldeos, indios, chinos, griegos, romanos, egipcios, árabes, hebreos, etc.). También, en una breve alusión, sale a relucir la violencia de los galaicos. Sin embargo, las noticias de este escrito parecen depender de fuentes de la Antigüedad clásica, mientras que en las escuetas notas de la historiografía cristiana hay una referencia más directa a los pueblos presentes, según experiencias nuevas que muy tempranamente aparecen endurecidas ya en verdaderos estereotipos —imágenes que se repiten sin variación en todo el Occidente.

Durante toda la Edad Media se desenvuelve esta tendencia a ver a los pueblos como sujetos de caracteres propios y, en cuanto tales, diferentes de los de otros pueblos. En los últimos siglos de aquélla, las influencias aristotélicas desenvuelven y enriquecen sobre manera este tema de los caracteres populares, que aparece directamente ligado a la teoría de los climas. Así en nuestro Sánchez de Arévalo. En éste se inicia ya una idea que va a dar su empuje al posterior desarrollo de la materia: los pueblos tienen un carácter y es necesario a los príncipes y gobernantes conocer el del propio pueblo para regirlo con mayor eficacia, y los de los demás pueblos para mejor relacionarse con ellos en paz y en guerra.

Pero no es nuestro objeto ahora hacer la historia

de la teoría del carácter nacional. Nos referimos tan sólo a algún momento de la misma por ser necesario en el planteamiento de nuestro problema. De los datos históricos que llevamos recogidos, analizándolos en su contenido, llegaríamos a la conclusión de que las más primitivas, las más escuetas y rudas calificaciones de la condición de un pueblo, que se reducen a veces al enunciado de una palabra y, con ella, al señalamiento de una simple capacidad reactiva, nos hacen pensar seriamente sobre su efectiva validez —tal, esa mención de la violencia hispánica—, mientras que las más complejas y extensas caracterizaciones que se encuentran en escritores muy sabios e informados, como Ibn Said o como el obispo Sánchez de Arévalo, nos parecen meros ejercicios literarios desprovistos de valor.

En los siglos XVI y XVII, con el gusto por la experiencia que se desenvuelve en el espíritu europeo, con el incomparable desarrollo de las relaciones políticas, económicas, militares, culturales entre los pueblos de Europa, el auge que la teoría del carácter nacional toma es extraordinario. Las nuevas caracterizaciones que se lanzan, desprendiéndose más o menos de los moldes de la tradición aristotélica, presentan nuevas notas que enriquecen el cuadro psicológico de los europeos y parecen derivar de experiencias directas, alcanzadas por los políticos, historiadores, viajeros, etc., que sobre ello escriben.

Hace ya sobre veinte años, llevado a leer, en mis trabajos sobre el Renacimiento, el *Heptameron*, de Margarita de Navarra, encontré, al final de una de las novelitas que componen la obra, una afirmación sobre la lengua del español que, desde algún tiempo después de la fecha en que se escribió, resultaría inusitada: *Le langage castillan est sans comparison mieux déclarant celle passion d'amour que n'est le françois.* Al comentar este

texto, en un artículo publicado en 1941, sostuve que «el carácter de un pueblo no es algo constante por naturaleza». Y aun un año antes, en otro artículo titulado «Una vieja opinión sobre los españoles», saqué a relucir un pasaje de Bodin, en el cual se lleva a cabo una amplia descripción del carácter español; ingenioso, frío, calculador y lento, por oposición a la condición colérica, belicosa y rápida de los franceses. «Los pueblos —concluía, en vista de tan notable testimonio— tienen el carácter que se hacen», lo que quiere decir que las imágenes de los pueblos, aparentemente fijas y determinadas, son algo circunstancial, transitorio y modificable, cuando efectivamente se modifica la situación histórica en que se encuentran, o lo que es lo mismo —dicho con término usado por los sociólogos de hoy— cuando se modifica la «cultura» en que viven.

Margarita de Navarra y nada menos que Bodin coincidían en dar imágenes del español muy alejadas de las difundidas posteriormente. Con Maquiavelo, Botero, Boccalini y otros muchos, se podrían hacer comprobaciones semejantes. Efectivamente, en un pasaje de un informe anónimo inglés, escrito en el siglo XVI, que Macaulay y Carande recogen, hemos encontrado un juicio sobre los españoles en gran parte coincidente con el de Bodin. E insistiendo sobre este problema, Díez del Corral ha aportado unas palabras de Boccalini que están en la misma línea. Según estas opiniones, la imagen del español a fines del XVI, está dibujada por trazos de reflexión, cálculo, lentitud, astucia, frialdad. Por su reiteración y por la calidad de algunos de sus autores, hemos de tomar esas representaciones como estereotipos del español en la época de preponderancia política de España —y no deja de ser interesante advertir que a lo que más se parece es al estereotipo de los hijos de la «pérfida Albion» en el período de su hegemonía.

Algunas generaciones después, la imagen del español ha cambiado en Europa y en la propia España. Pero para poder dar todo su sentido a esta transformación —tal como aparece, por ejemplo, en Rivarol, para quien los españoles están sometidos a un proceso de hieratización que los aproxima a los egipcios faraónicos— es necesario comprobar que también fenómenos análogos se dan respecto a los demás pueblos, en relación a los cuales los cambios estimativos del carácter se producen en períodos no menos cortos y con variaciones no menos hondas. En relación con Francia y con Inglaterra ha observado este hecho el historiador Kohn: de una y de otra, aproximadamente sobre 1700, se definen unos caracteres opuestos entre sí e inversos a los que respectivamente se les atribuirán sobre 1800. En el lapso de cien años se diría —y en parte así es— que se han trocado los papeles entre ingleses y franceses.

Se han citado con frecuencia unas palabras de Paul Hazard, relativas a un aspecto de la conciencia europea en el período final del siglo XVII: «Europa parecía acabada. Cada uno de sus pueblos tenía caracteres tan bien conocidos y tan decididamente marcados, que bastaba pronunciar su nombre para que surgiera una serie de adjetivos que le pertenecían en propiedad, como se dice que la nieve es blanca y el sol ardoroso.» Sin embargo, esto no quiere decir que por muy expandidos y por muy definidos que se hallen en un momento dado tales estereotipos, según hemos dicho, sean por eso menos cambiantes e inseguros. Y tanto más cambian y tanto mayor es su inseguridad, cuanto más complejo y amplio pretende ser el contenido de cada imagen caracterológica.

Pero, en cualquier caso, la fuerza social de los estereotipos de un pueblo, sobre sí mismo y sobre los demás, es cada vez mayor a partir del momento en que

granan las modernas naciones. En los siglos XVIII y XIX, los problemas políticos, económicos, sociales, las interpretaciones históricas, etc., se presentan como determinados por el carácter que a cada pueblo corresponde. Basta ver cómo la polémica sobre la cultura española en el siglo XVIII, sobre todo en Cadalso y en Masdeu —que son los más interesantes a este respecto—, se plantea como un problema de «carácter», cualquiera que sea la formulación que uno y otro le den.

Y a fines del XIX, tras el antecedente de Ganivet, la literatura del movimiento regeneracionista, con Mallada, Costa, Picavea, etc., se desarrolla sobre el esquema de una indagación sobre el carácter nacional, para depurar su línea y regenerarlo según ella, bien volviendo a su primitiva pureza, bien incorporándole los elementos de que se le considera deficitario. En rigor, esa abundante y monótona literatura regeneracionista lleva a cabo una gran tarea de revisión crítica del estereotipo, interno o externo, vigente sobre el español, para remplazarlo por otro que permita afirmar los valores que los regeneracionistas persiguen como objetivo de su campaña.

De esta manera, la lucha política, como una consecuencia del historicismo del siglo XIX, se convierte en una lucha sobre las interpretaciones del carácter nacional. En España, como tal vez en ningún otro país, se presenta como una enconada polémica acerca de los estereotipos del español. Y lo más curioso es que se producen frecuentes desplazamientos de las imágenes construidas por un grupo o sector de opinión, al campo de otros grupos que se enfrentan polémicamente con el primero. Con gran frecuencia, la izquierda toma sus estereotipos de interpretaciones de la derecha y viceversa.

Alguien puede pensar que la persistencia de tales imágenes constituye una demostración de su valor. Lo

cierto es que los estereotipos nacionales tienen de ordinario amplias áreas de expansión y se repiten como firmes tópicos. Sin embargo, una máxima autoridad en psicología social —Klineberg— escribe en su tratado sobre la materia: «Se dice en ocasiones que los estereotipos deben ser verdaderos, por lo menos en parte, porque de lo contrario sería imposible comprender por qué existen y son tan comúnmente admitidos. Por muy aceptable que esta opinión parezca, diversas investigaciones han probado que los estereotipos pueden manifestarse desprovistos de todo fundamento objetivo.» Lo que en algunos de ellos pudiera haber de acierto —si es que esto es posible de estimar de algún modo—, no sería debido más que al azar.

En Norteamérica se han hecho estudios, con la mayor precisión estadística posible, sobre algunos de los estereotipos más frecuentes, tratando de comprobar, mediante un análisis positivo, el fondo de verdad que en aquéllos pudiera encontrarse. Son conocidos los trabajos de La Piere, dedicados al estereotipo que en el oeste americano se ha establecido sobre la minoría de los armenios. Ninguno de los datos estadísticos sobre el comportamiento efectivo de este grupo étnico, concuerda con las condiciones de carácter que comúnmente se le atribuyen.

No sólo el público en general, sino muchos escritores de política, de historia, de sociología, todavía hacen uso de los estereotipos —sobre el propio o sobre ajenos países— con demasiada facilidad, dando tal vez por supuesto que porque se reiteran, tienen un fondo de realidad. Tal es el caso de un especialista como Brodersen. El hecho en que él se basa, a saber, que personalidades tan diversas como Lenin, Max Weber, Churchill, han acudido a servirse de estereotipos, no es suficiente para conferirles más valor. Prueba tan sólo que, en todo caso, nos hallamos ante mitos

vigorosos, capaces de ayudar a una enérgica acción, mas nunca utilizables como un conocimiento de lo real.

Los estereotipos funcionan como generalizaciones lógicas, toman la forma de generalizaciones que se hubieran alcanzado por vía inductiva —y por eso, en apoyo de sus afirmaciones, se citan anécdotas, frases, gestos, esto es, algunos datos a los que se pretende convertir en base empírica suficiente para la inducción que en cada caso se ofrece o se enuncia—. Lo cierto es, sin embargo, que esas generalizaciones se han hecho y se siguen haciendo, sin respeto alguno a las más mínimas garantías que exige un método inductivo. En primer lugar, los datos en que se apoya la pretendida inducción del carácter son absolutamente insuficientes para una generalización, por poco exigente que ésta sea. En segundo lugar son irrelevantes, en el sentido de que no hay relación necesaria entre lo que ellos dicen y el enunciado general que de ellos se quiere desprender, pudiéndose llegar a partir de aquéllos a conclusiones muy distintas. En tercer lugar, nunca han sido depurados en su autenticidad, en su verdadero y objetivo significado en la vida de un país y, por tanto, no consta positivamente ni puede constar si son verdaderos o falsos.

Esas caracterizaciones globales de la cultura nacional, como producto de un espíritu que se revela en sus creaciones y manifestaciones históricas son una falacia. No solamente no tienen un sentido único y no se pueden proyectar eficazmente sobre los individuos, sino que sus bases son falsas, por arbitrariedad y error en los datos, defectos que no se pueden eliminar nunca. Y esto es así, porque los datos pueden tener muchos significados y pueden encontrarse los mismos, singularmente, en situaciones muy diferentes. Es en el conjunto, en la composición integrada por múltiples y variadísi-

mos datos, vista como un todo, en donde se hallaría «lo que hay de único en un carácter nacional... Si los elementos permanecen los mismos, las configuraciones totales del carácter pueden variar enormemente, según su combinación, la importancia relativa, la ausencia o la interacción de esos elementos». (Brodersen.) Para aproximarnos, con ciertas garantías, a un trazo o elemento del carácter, tendríamos que valernos de masas de datos rigurosamente depurados. Y aun así, aun llegando a precisar un elemento, el carácter seguiría siendo indefinible, porque el cambio de proporción o de posición en cualquiera de sus partes alteraría el conjunto. De ahí que la única referencia, dotada de alguna verosimilitud, que sobre esto podemos alcanzar, no es otra que la de que el carácter de un pueblo, como conjunto, es una de las cosas más variables y movedizas, por lo menos en cuanto queramos ir más allá de alguna elementalísima e insignificante capacidad de reacción, como dijimos ya antes. Y en las grandes sociedades de nuestro tiempo, el número de variables que habría que tomar en consideración sería tal que no cabe contar ni con una mínima aproximación, con un resultado que tenga valor real. Hoy por hoy, las aserciones sobre caracteres nacionales hay que tomarlas como motivos de ornamentación literaria, o a lo sumo de inspiración mítica que puede convertirlos en instrumentos de lucha política, pero sin más alcance.

Tomemos unos cuantos ejemplos de caracterizaciones de lo español, para ver en qué quedan sus pretendidos datos reales.

Un gran historiador ha dicho que los visigodos no eran españoles, dado que fueron capaces de llamar tirano a Hermenegildo, a diferencia de Felipe II, quien, respondiendo al carácter religioso español, lo hizo canonizar. Ya demostramos en otra ocasión que considerar tirano o mártir al príncipe Hermenegildo depen-

dió de la influencia, sobre nuestros cronistas, de fuentes francesas y eclesiásticas; y de acuerdo con éstas —citándolas expresamente— los documentos españoles llaman mártir a aquél desde comienzos del siglo XII. Si con independencia de esto, Felipe II lo hace canonizar en el XVI, es para realce de la monarquía, siguiendo una tendencia de las monarquías nacionales europeas, también de origen francés.

Se ha hablado por otra parte de la extremosidad castellana que, arrastrada por el afán de conquista del más allá, lleva a adivinar, o poco menos, que sus reyes harán suyo el Ultramar. Pero Ultramar, en los siglos de la baja Edad Media a que el texto corresponde, no es un más allá oceánico. Se trata de proponer, en unas breves y poco comprometedoras líneas, la empresa de la conquista de Jerusalén, que se pregonaba como propia de tantos reyes europeos por sus panegiristas y que en relación con la Monarquía francesa llevó a Pierre Dubois a escribir todo un libro, exaltando esta misión del rey de Francia, en términos que no se han dado nunca en España.

Es frecuente también oír hablar de nuestro activismo. Se ha aducido un, al parecer, elocuente testimonio de un obispo de los siglos XIII-XIV, Gil de Zamora, quien, según la interpretación propuesta, se habría mostrado muy castellano al escribir: *Magis movent exempla quam verba, facta quam dicta, experimenta quam ostentamenta*. Preferir Alejandro en sus peleas a Aristóteles en sus disputas, que el buen obispo dice como algo común a los hombres, se ha sostenido que sería carácter peculiar del español. Pues bien, esas palabras de Gil de Zamora expresan una idea de San Gregorio Magno que en los siglos XII y XIII se convirtió en un lugar común repetido en toda Europa por cuantos escribían sobre el valor adoctrinante de los ejemplos en todas las actividades didácticas. Tal como aparecen

en nuestro Gil de Zamora, esas palabras son reproducción exacta de las empleadas por un maestro general de los dominicos, Humberto de Romanos (*quoniam plus exempla quam verba movent, secundum Gregorium...*), las cuales, a su vez, siguen muy de cerca una frase de Jacques de Vitry, ambos escritores de mediados del siglo XIII. Tales palabras, pues, están muy lejos de ser originales de un hispano, de relacionarse con circunstancias españolas y de contener ningún testimonio de particularidad hispánica. Son fiel reflejo de la cultura francesa y eclesiástica, es decir, europea, de la Edad Media, como sucede con tantas «peculiaridades» españolas.

Otro elemento también atribuido a nuestro estereotipo es el del carácter conservador y aun arcaizante de nuestra cultura, que hace permanezcan en ésta elementos ya desaparecidos en otras, como el gótico en el Renacimiento o el medievalismo en el Barroco. Lo mismo, exactamente, dicen los historiadores de la cultura al tratar de estos períodos históricos en Venecia o en Inglaterra. Párrafos escritos por ellos podrían utilizarse como si hubieran sido redactados pensando en lo que es normal decir de España, y alguna vez llevó a cabo este juego ingeniosamente Aubry Bell. Ese conservatismo es propio de las zonas culturales periféricas —en uno de sus aspectos— y constituye un condicionamiento de las mismas, nunca un carácter.

Aun reduciendo mucho el alcance de las generalizaciones, resultan éstas muy arriesgadas. Un historiador de tan fino espíritu como Vossler ha llegado a sostener que «en el prólogo de la crónica general de Alfonso el Sabio puede leerse que por el pasado de España quieren hacerse comprender las cosas venideras», y encuentra en ello un carácter de los cronistas españoles «tan reciamente cargados de *ethos* consuetudinario, de vo-

luntad política, de excitabilidad nacional y de tensión dramática». Nada de esto. El pasaje en cuestión, que no se refiere a España en particular, es una influencia de la concepción historiográfica de procedencia clásica, tal como se mantuvo vigente desde Tucídides hasta fines del siglo XVIII. Nada de específico tiene su presencia en Alfonso X y en muchos más historiadores nuestros y extraños.

Un caso semejante nos lo proporciona una afirmación de Hatzfeld. Llevado de su afán de «nacionalizar» la mística, sostiene que «los importantes tratados de teología mística aparecidos durante la Edad Media... no permiten al lector percatarse de que dichos tratados se basan en las experiencias personales de sus autores»; lo contrario caracterizaría a la mística española. Y ¿no será más sencillo pensar que eso no depende de una condición nacional, sino de la situación de la época? ¿Qué otras obras, españolas o no españolas, se revelan como experiencias personales en la Edad Media, sean de pintura, de escultura, etc.? En cambio, el propio Hatzfeld acaba reconociendo ese valor personal a las obras de los místicos franceses que vienen, como los españoles, después del Renacimiento.

En un libro reciente de Criado del Val, construido sobre una sugestiva idea, su «Teoría de Castilla la Nueva», se dice que el «diálogo», como forma literaria, es la clave estilística de esa región del español. Mas, si observamos que las creaciones literarias de Castilla la Nueva se producen desde comienzos del XV, fecha en que penetra la influencia del humanismo italiano en España, y recordamos que el diálogo es un género renovado por los humanistas, nos sentiremos más bien inclinados a reconocer que es esta razón histórico-cultural, y no otra de carácter comarcal, la que explica el fenómeno en cuestión. Prueba de ello es que después del XVII no parece que la forma del diálogo

se mantuviera con peculiar vigor en esa segunda Castilla.

Ni aun restringiendo mucho, geográfica o temáticamente —según el método de los llamados «análisis de contenidos»— el área investigada, se puede llegar a conclusiones válidas y seguras en el problema de los «caracteres». En efecto, ante la dificultad de definir el carácter de toda una cultura, como modo de vida de un pueblo, el método americano de los «análisis de contenidos» ha tratado, con procedimientos más técnicos, de reducir la investigación del carácter a ciertos campos parciales, a ciertos segmentos de la cultura —por ejemplo, los films que en un país se producen—, aunque con ello no se superan tampoco las dificultades, y siempre viene a suceder que lo que se encuentra no es más que lo que se iba buscando, porque los datos contestan lo que se quiera, cuando se les somete a tan enérgica abstracción.

En cualquier caso, los esquemas obtenidos sobre los caracteres de los pueblos: *a*) en gran parte son inexactos; *b*) son siempre insuficientes; *c*) nunca se pueden considerar exclusivos —queda abierta toda otra posible estimación—; *d*) no tienen valor determinante; *e*) varían constantemente. Y si nos atenemos a los esquemas dados por los estereotipos establecidos y en circulación, esas condiciones negativas se agravan. Los estudios americanos sobre los estereotipos acerca de chinos, rusos, alemanes, italianos, ingleses, no permiten otra conclusión que la de su falta de todo valor real y la de su variabilidad.

Ello ha dado lugar a que la investigación del «carácter nacional» se desplace a la de los elementos que integran la «estructura de la personalidad básica» de los individuos que componen un grupo. Estas investigaciones, a base de técnicas psicoanalíticas, de entrevistas, respuestas a cuestionarios, etc., no pretenden darnos el

completo sistema de las relaciones «cultura-personalidad», como válido para todos los miembros de un grupo, y menos todavía la construcción unitaria y unívoca de un «carácter nacional». Pretenden nada más que poner de relieve los modos de comportamiento y las disposiciones que en una persona proceden de la influencia de la sociedad a que pertenece, a través de las prácticas de crianza y educación. De tal manera, más que ir a buscar el «carácter ruso» en las novelas de Dostoiewski —cosa que no cabe esperar seriamente—, se atiende a otros aspectos: así Gorer ha estudiado la repercusión en la psicología de los rusos de las prácticas habitualmente seguidas en el modo de vestir y fajar a los niños en el primer año de su vida.

Sin duda, algunas de esas prácticas sociales son viejas de siglos y aun de milenios y su repercusión puede prolongarse durante largos períodos de tiempo. Pero lo cierto es que hasta en sociedades pequeñas, primitivas y estáticas, se ha llegado a constatar tales diferencias de personalidad básica entre niños y adultos que demuestran que aquélla varía, fácilmente, por la influencia de acontecimientos que en cualquier edad pueden afectar al carácter. Ello quiere decir que la existencia de tipos propios de personalidad para los miembros de las grandes naciones del presente, es algo indemostrado, y hoy por hoy, indemostrable (R. Linton).

Por otra parte, los elementos de la personalidad común o básica son algo adquirido, no algo que se posee originariamente; no son sino cultura —que puede adquirirse o no, que puede permanecer o cambiarse—. El hombre nace inacabado, mal equipado. En comparación con cualquier animal, «el hombre está menos dominado por normas de conducta predeterminadas», lo que quiere decir que «en el hombre las normas de adaptación son adquiridas y que las tendencias congénitas pueden orientarse en una u otra dirección» (Kar-

diner). Los modos de comportamiento, las elementales reacciones de la personalidad básica son, pues, adquiridas, secundarias, se establecen a través de un proceso de socialización en edades tempranas, y no sólo se las puede cambiar, sino que pueden desenvolverse en conductas muy diferentes.

Finalmente, la estructura de la personalidad básica no es más que una parte pequeña entre las muchas influencias que operan sobre la entera personalidad de un individuo —y una parte elemental y reducida—. Por tanto, confirmando lo que hemos dicho antes, sostiene Linton que «el mismo tipo de personalidad básica puede reflejarse en diferentes formas de conducta y puede participar en muchas configuraciones diferentes de la personalidad total».

Desde luego, todas las ramas de las ciencias sociales y humanas —antropología, sociología, ciencia política, historia, psicología— se plantean hoy el problema de las características de individuos y grupos, como un tema de investigación científica. Pero como un tema que nada tiene que ver con las gratuitas especulaciones subjetivas sobre los caracteres nacionales: ni en el planteamiento —que no busca el carácter, sino las *características* (Klineberg) o los ingredientes elementales de una personalidad—; ni en sus métodos —desenvueltos según técnicas psicoanalíticas y otras capaces de medición estadística—; ni en los resultados obtenidos —que desmienten todos los estereotipos circulantes—; ni en los fines —que no pretenden nunca dictaminar si algo es o no nacional (español, francés, inglés, etc.) en atención a un carácter, sino averiguar cómo se puede alcanzar mejor y más fácilmente un fin determinado, en las condiciones de un país dado—. Es completamente ilegítimo decretar —dando a la idea de carácter un valor preceptivo— que algo es nacional o no, español o no español, en relación a un modo de vida,

a una idea, a una persona, etc., etc., porque se atenga o no a un paradigma de espíritu nacional que en cuanto tal, carece de toda realidad objetiva.

Los estereotipos son mitos. Las imágenes del propio o de ajenos caracteres que los pueblos manejan no tienen más realidad que la de su innegable fuerza mítica. En tal sentido, no tienen nada de inofensivos. Han servido para configurar el comportamiento político de los países y en ese aspecto han operado como factor de integración nacional. En 1922, escribía W. Lippmann: «Son la garantía del respeto que nos tenemos, una manera de proyectar sobre el mundo nuestro valor, nuestra posición, nuestros propios derechos, son el baluarte de la tradición que nos hace sentirnos seguros en las posiciones que ocupamos.» Todo esto ha podido ser así, por lo menos como una fuerza de acción política; pero hoy, en que el análisis positivo de estas cuestiones ha mostrado que esas imágenes dependen de constelaciones de intereses, ya no podemos seguir pensando igual. Hemos visto cambiar los estereotipos, no sólo según las circunstancias de un estado de guerra, sino conforme a las de una situación de mercado.

Los estereotipos que funcionan dentro de un país, sobre sí mismo y sobre los demás, son producto de ideologías y un arma en manos de los grupos comprometidos en la defensa de éstas, un arma en la lucha política. Puede suceder, o por lo menos ha podido suceder antes de las investigaciones modernas sobre la materia, que se propaguen —por sus trazos más o menos gratos y atrayentes— en zonas distintas de aquellas de cuyos intereses dependen, imponiéndose, contradictoriamente incluso, a ideas de otro género. Cabe sospechar si el mito de la bravura y del desprecio a la vida, formulado como estereotipo nacional, se apoya en intereses belicistas; si el del fideísmo y anti-racionalismo, en intere-

ses clericales —muy alejados de lo que el catolicismo representa hoy en el mundo—; o el de la sobriedad y los valores de la vida dura y áspera, en la política de bajos salarios, etc., etc. Y vemos que la izquierda española se ha incorporado estereotipos de esta naturaleza «casticista».

Hoy, en general, la apelación al «carácter nacional» y el uso de estereotipos en la política es una manifestación de sociedad quietista, estática, sirve a una ideología conservadora, cerradamente tal. Pero no solamente radica en esto su lado peligroso. Pueden ser gravemente perjudiciales para las relaciones internacionales, para la comprensión y colaboración entre los pueblos. Y resulta así de que son inexactos, tanto los que circulan popularmente, como los que se advierten subterráneamente utilizados en informaciones de organizaciones internacionales, más o menos científicas. En consecuencia, tales imágenes falsean las posibles relaciones entre pueblos. Cierto que, como ha observado Klineberg, la presencia de estereotipos favorables o desfavorables no ha determinado nunca la guerra o la paz entre los pueblos. Los americanos, por ejemplo, después de 1919, poseían una imagen favorable del alemán y más bien adversa del turco; y la hostilidad estalló contra el primero y no se manifestó ninguna actitud hostil contra el segundo, entre las dos guerras mundiales. De todas formas, se ha dicho que pueden crear una predisposición peligrosa. Pero a esto hay que añadir que su gravedad es al presente mayor, porque ahora no se trata de guerra o de paz entre los pueblos, sino de colaboración —económica, cultural, hasta política. Y siendo este el caso, la buena o mala disposición entre los pueblos —tan gratuitamente influidas por sus estereotipos recíprocos— puede ser y aun ha de ser decisiva en la vida de algunos de ellos.

En el tipo de sociedad dinámica que se ha impuesto

en el occidente europeo, el mito del carácter nacional ha perdido su fuerza. Políticamente, porque no hay ninguna sociedad viva que estime que puede verse limitada, constreñida en su futuro, por la determinación de una pseudo-imagen de sí misma, dependiente de un complejo de intereses del pasado. Teóricamente, porque frente a esas intuiciones falseadas del pretérito, lo único que realmente vale e interesa es el análisis de aquellos factores elementales de la personalidad que en un momento dado operan sobre los individuos de un grupo, y cuyo conocimiento positivo es conveniente para adecuar a ellos la manera de alcanzar unos fines futuros —cualesquiera que éstos sean—; también, si es necesario, para contrarrestar el peso de la personalidad básica en los individuos de una sociedad, con aquellos otros elementos de la personalidad total que sean más idóneos con vistas a los fines de innovación y desarrollo que se persiguen.

Supuesta la determinación de las características de una personalidad, con todas las limitaciones del caso —sobre su alcance geográfico, cronológico, social, etcétera—, no sería lícito basar un programa de vida común en la obligación de atenerse a la autenticidad de un carácter. El carácter —y menos aún, si cabe, como mera «estructura de la personalidad básica»— no puede tener nunca un carácter preceptivo. A lo sumo funciona como un mecanismo reactivo que cambia cuando son otras las condiciones del estímulo.

Todo pueblo necesita contar ciertamente con su situación —y por lo tanto, con lo que su historia representa en ella y con los condicionamientos que derivan de la personalidad básica de sus individuos—. Y debe buscar un conocimiento lo más objetivo y científico de esa situación para darse perfectamente cuenta de la manera y medida con que esos factores condicionan el esfuerzo para alcanzar un futuro que se persigue. Pero

en ningún caso determinan ellos el contenido de ese futuro. Hay que conocer con el mayor rigor posible las circunstancias en que se está, que pueden aconsejar proceder de una u otra manera, pero que no pueden nunca aducirse para excluir unos fines que se quiere alcanzar, de la perspectiva del porvenir que un pueblo elige.

José Antonio Maravall